

los adornan, y flores importadas con especialidad del Japon las embellecen.

El lirio japonés, que es aquí muy comun, tiene sus tallos como la azucena, se conservan á la sombra, se desarrollan entre pedrezuelas que se humedecen y producen flores como de cera.

Los artefactos son muy variados y me producian extrañeza, aunque conocia algunos, desde los juguetes de los niños, hasta los trages de los mandarines y sacerdotes.

Para los niños hay trompos á los que se da cuerda, y al bailar se deshacen en variedad de trompitos de colores que bailan á la vez.

Hay caprichosos ejercicios de paciencia para combinar los colores y para vencer dificultades, como los nudos mágicos y el freno del gato.

La porcelana se ha docilitado entre los japoneses á un punto que parece imposible. Se enrosca, se escurre, se volatiliza casi, y al trasparentarse, revela colores ignorados á la simple vista.

La madera en sus barnices y su levedad, que la confunde con el carton, presenta mil bellezas.

Pescados que plagian á los naturales con perfeccion, y adornan charolas, azafates y platos, bandejas, picheles y tazas con flores y pájaros realzados, desesperacion del pincel, del bajo relieve y el buril, y partes en que parece se ha condensado la espuma para que en ella se realcen edificios, árboles, navíos, hombres, mujeres y niños.

Me llamó la atencion, entre mil cosas, la filigrana, emulando el cabello por su flexibilidad y sutileza en muchas joyas. Diré en este particular, para desahogo de mi orgullo,

que mostré en una tienda unas mancuernas de filigrana que poseo, obra de mi querido amigo y compadre José Carrillo, que tiene su taller junto al núm. 30 de la calle de Ortega, y produjeron admiracion entre aquellos artistas, ofreciéndome por ellas alto precio.

Ví unos bastones de caña, ligerísimos como plumas, que encierran otros y otros que se desenvainan hasta prolongarlos de un modo increíble.

Admiré barcos, jarrones y columnas de marfil como tela de huevo, llenos de paisajes deliciosos.

Por último, me extasié al frente de la cabeza de un pájaro hermoso, en cuyo pico, que tiene la figura del de la guacamaya, se esculpió un bajo relieve aprovechando las plumas y los accidentes de aquella cabeza, para producir un edificio fantástico en miniatura, de maravillosa perfeccion.

No habria salido jamás de aquel laberinto de primores, si no me hubieran conducido mis compañeros á la fuente del ruido incesante, que se oia por todas partes vibrar y repercutirse, producido por dos enormes círculos de metal, extension gigantesca de los platillos de nuestras músicas de viento, y que forman la boruca más aturdidora, sin dar tregua á la algazara un solo instante.

Estábamos en el teatro; apénas pude ver el recinto medio oscuro azuleando de chinos, fumando opio ó tabaco, con sus feltros echados hácia atrás, dejando ver las pieles amarillas, las narices aplastadas, las bocas enormes, el conjunto pasguato y desgoznado. En México hay muchos que tienen caras de chinos.

En el conjunto de aquella concurrencia me hacia esfuerzo

para conocer á las hembras, que se me resiste llamar bello sexo.

El teatro es semicircular, con una sola galería, como una gran cornisa saliente.

Esto apénas lo distinguí, porque me dediqué de lleno á ver la representacion.

No tiene telon ni decoraciones el proscenio; en el palco escénico, al frente del espectador, está una mesita de madera blanca, entre dos puertas, y á su lado la orquesta que consiste en el *gongo* ó *comal* de metal, y unos bolillos de palo sonorísimos, que golpean contra piedras. Una especie de violines de la hechura del mango, de una guitarra y algun caracol ó trompeta; esa es la orquesta, cuyo conjunto forma cuanto puede inventarse de más rasposo, horripilante y asesino en materia de ruidos.

Entre aquel golpeo embriagador del gongo, se ven carreras desaforadas, gesticulan caras estrambóticas, se encogen y despliegan actitudes de verdaderos demonios. . . . Atencion, me dijeron, se está verificando la batalla. . . .

Sale por ejemplo un caudillo con sus alas blancas, con su túnica riquísima de sedas de colores y oro, con su casco y su espada, dirigiendo á unos hombres desnudos de medio cuerpo.

Encuétrase este grupo con otro, que sigue á distinto caudillo; si aquellos hombres del primer grupo tenían la parte superior del cuerpo desnuda, éstos tienen la inferior. Embístense las legiones, luchan, se ruedan por el suelo, dan machicuepas, se revuelcan como unos frenéticos. La victoria se declara por el primer caudillo, que es una caricatura de San Miguel Arcángel.

Los chinos victoriosos desfilan con una celeridad que apénas puede seguirse con la vista, corriendo, dando brincos increíbles y vueltas en el aire, completándose en el vuelo circular que remedan, la parte desnuda de los unos con la parte vestida de los otros, como si estuvieran pintados en una rueda que diese vueltas en alto.

Los vencidos, en medio del tragin, ponen obstáculos á la festividad vertiginosa; obstáculos que consisten en amontonar mesas y sillas, sobre los que se precipitan los retoños del celeste imperio, como si se desensartaran de un hilo multitud de cuentas azules que rodaran sobre planos inclinados en todas direcciones.

El ruido no cesa, y á su golpeo, que no se puede llamar compás, salen diversas cuadrillas de combatientes, entre las que me deslumbró por la riqueza de sus vestidos, una que remedaba padres con casullas y dalmáticas de seda y oro y de bordados espléndidos, que valuaron los conocedores en muchos miles de pesos.

Nuestra completa ignorancia de la representacion hizo que pronto degenerasen en monótonos los saltos, los alaridos, el ir y venir y las posturas puntiagudas, cuadrangulares y diabólicas de los actores.

Segun mis confusas reminiscencias, aquella era una representacion histórica, en la que un erudito habria encontrado rastros de las religiones orientales y de la nuestra; pero aunque la ignorancia es atrevida, en mí, no lo es tanto que me arriesgue á indicar mis conjeturas, y dejo las cosas de tal tamaño.

Mi *cicerone* me aseguró que aquella representacion duraba muchas noches, siempre atrayendo igual gente.

En efecto, en los intervalos de los saltos, los grandes personajes hablaban, y entónces se notaba en el concurso viva atencion, señales de interes y aun lágrimas.

Las mujeres se sitúan en la galería, separadas de los hombres.

Durante la representacion, circulan entre los espectadores, gentes que venden bizcochos, dulces, tabacos y refrescos.

Salí del teatro atarantado, como si hubiera estado en un campanario durante un largo repique.

Apénas habíamos dado unos cuantos pasos en la calle, cuando nos detuvimos frente á una puerta, de la que arrancaba una escalerilla de palo angosta, pero cómoda, y nos encontramos al acabar de ascender, en un elegante salon chino. Era un *restaurant*.

Tiene dos pisos el *restaurant*. No daré cuenta del primero, porque estaba cuasi á oscuras. Nos instalamos en el segundo piso, que se iluminó convenientemente.

Las mesas son redondas, color de café oscuro, con ese barniz peculiar á los muebles chinos, que semeja al barniz de nuestras *jicaras*.

No usan sillas, sino unos banquillos, que cuando no están de servicio, se hacinan en un rincon.

En las paredes están como sobrepuestas celosías de madera con pinturas exquisitas, y sobre las puertas hay cornisas y goteras con labrados, que figuran frutas, flores y árboles de notable perfeccion.

Muebles, adornos, manteles y lámparas, todo es rigurosamente chino é importado de aquellas regiones.

En este particular es tan estricta la observancia de con-

sumir todo del país, que muchos comestibles son chinos. Hay en almacenes hacinados patos que parecen cachuchas dobladas y que se inflan y ponen en venta: los cerdos llegan barnizados como de madera fina, como guitarras, y muchas frutas y legumbres empacadas.

Pedimos *té*, que genuinamente se pronuncia *Cham*: tendió el sirviente el mantel y nos pusimos en tren de hacer la libacion Asiática.

Colocaron en la mesa panecillos y dulces: los panecillos del mismo sabor y figura que los que conocemos con el nombre de *polvorones*; uno de los dulces sabia á dátil, los otros tenían parentesco con las pinturas de aceite y los menurjes de botica.

Colocó el doméstico frente á cada uno de los compañeros una pequeña tacita al ras del mantel, y á corta distancia una especie de dulcera con su tapa. En aquella ánfora pusieron gran cantidad de hojas de *thé* y le vertieron encima agua hirviendo. La tapa de la tetera se desvía para dar salida al *thé*, que corrió á nuestras tazas perfumando el salon.

Alegrísimos se pusieron los chinos con nuestras señales de aprobacion, advirtiéndonos que aquella era la primera toma, que seguirian la segunda y la tercera, haciéndose más concentrada y aromática la bebida.

Nuestros sirvientes, acompañados del dueño ó encargado del establecimiento, nos hicieron ver minuciosamente el salon.

Antes nos explicó uno de ellos la manera de servirse las comidas.

En una mesita de las que veíamos, é igual á la en que estábamos sentados, se colocaban los convidados. Del frente

de cada uno de ellos parte una fila de platos con manjares; los platos son de mayor á menor, formando el conjunto como los rayos de una rueda, mejor dicho, los platos y platitos forman una estrella. Los platos grandes son para los manjares, los pequeños para los dulces. Sobresale entre las bebidas el sabor del agua-cola, y entre las comidas el de la asafétida. Con eso queda hecha la apología de la cocina de los chinos.

Véamos el salon detenidamente.

Grandes arcos y cornisas de madera calados, figurando pájaros, pescados y flores: lianas que cuelgan de las puertas y parecen temblar con el viento.

En la gotera superior, en delicadísimos bajos relieves, vemos figuras y caracteres que nos dijeron referirse á la vida de Confucio, á episodios de sus viajes y la traslacion de sus sábias máximas.

Al descender del primero al segundo piso para retirarnos, nos detuvimos frente á un mostrador en que se encontraba el director de la negociacion y el dependiente principal.

El primero de estos personajes fumaba su pipa, de pié, pero recostado en el armazon de aquella especie de cantina.

Tenia el director entre sus labios su pipa como de ébano, con boquilla y preciosos adornos de plata. La pipa consiste en un tubo delgado, como de una tercia de largo, y remata en una pequeña cazoleta donde apénas cabrá la yema del dedo meñique: allí está ardiendo una bolita poco mayor que un garbanzo: ese es el opio, que constituye la delicia y que consume la existencia de los chinos.

En el fondo del salon se ven unos pequeños cuartitos con

sus cortinas: dentro, sobre tarimas, hay grandes cojines; allí se encierran los fumadores de opio . . . á olvidar la realidad de la vida . . . soñando cosas encantadoras . . . Pues, señor . . . ¿eh? . . .

El dependiente tenia entre sus manos una especie de bastidor con alambres horizontales, y en ellos ensartadas unas cuentas de palo. Eso se llama *abaco*.

Empujaba las esferitas aquel chino, como una rezandera ejercitada las cuentas de su rosario.

—Así hacen sus cálculos estos hombres, nos dijo nuestro guía, y resuelven las más complicadas operaciones de la aritmética.

Aventuramos pruebas haciendo preguntas al dependiente, y quedamos sorprendidos de la celeridad y exactitud de los contadores.

A mano derecha del dependiente estaba un pincel y en un trastecito pequeño la tinta de China con que escriben, poniendo unas abajo de otras, letras y palabras en líneas perpendiculares, como todos conocemos.

Al despedirnos, el obsequioso sirviente nos dió las tarjetas del establecimiento, en inglés, pero con su traduccion en chino, para mayor claridad.

El 13 de Febrero es el día de año nuevo entre los chinos.

Se saluda el día con salvas, que se hacen quemando manojos de cohetes forrados en badana, que ya conocemos, y que producen el ruido de una matraca, ó como en nuestros fuegos artificiales cuando se quema la parte superior del castillo (*bouquet*).

Pasean los chinos las calles sacando á luz sus más ri-

cos vestidos: los de los personajes y mandarines valiosísimos.

El Barrio Chino está extraordinariamente animado ese día; atraviesan sirvientes con largos *bambous*, de cuyas extremidades cuelgan canastas con viandas y verduras.

Como ya he dicho, al frente del hotel en que habito hay un hospital. Al lado del hospital se ve una pequeña capilla.

Ese día de año nuevo chino, visitan la capilla. En su centro, y en una especie de altar, dominaba un ídolo negro.

A su frente hacían varias genuflexiones los sacerdotes.

Uno de ellos agitaba en su mano una especie de cubilete, lleno de unos palillos delgados como limpiadientes: después de agitar el cubilete para que se revuelvan los palillos, los arroja por alto, y al caer, ó por la postura en que se colocan, que suelen formar letras del alfabeto chino, ó por su número, marcan tal augurio, que interpreta el sacerdote y apunta en un papel, hasta que concluido su cálculo, arroja el papel al fuego. Si el augurio es feliz, entónces hay cantos y demostraciones de regocijo. Si es desgraciado, exhorta el sacerdote á la conformidad ó á la penitencia.

En la noche el Barrio Chino está iluminado. En varias tiendas hay una especie de altares que visitan todos los que quieren.

Los chinos se muestran complacidos de las visitas, y obsequian á sus amigos con dulces, bizcochos y Champaña.

Yo entré á una botica china que tiene el aspecto de nuestras malas boticas mexicanas del año de 30. Muchos cajoncitos, botes de barro vidriado y botellones de vidrio ordinario.

En el fondo de la pieza estaba la figura de Khoing-Theseu ó Confucio, con su bonete de dos altos, su luengo bigote y su barba rala y tendida como una cortina.

A los lados del altar me pareció reconocer á Hoase, madre de Fou-hi, de quien cuenta la leyenda que siguiendo los pasos de un hombre la circuyó el arco-iris y dió á luz al gran rey. El seductor tenía el cuerpo de serpiente y la cabeza de buey.

Dijome el boticario, que hablaba francés con bastante soltura, mostrándome otro retrato: este es Chin-noung, inventor de la medicina, y éste, Hoaug-ti, que escribió sobre ella libros admirables.

Por último, enseñándome con sumo respeto otro muñeco, me dijo: conozca vd. al gran Yu, uno de nuestros reyes más sabios.

El altar, no sé por qué, me recordó á nuestras ofrendas de día de muertos.

Habia en el altar dulces, panecillos, toronjas de tamaño colosal: entre los dulces y las frutas habia tres candeleros con sus velas de cera, teniendo por pábilo astillas de sándalo. Todo esto se veía al través del humo del incienso, que se quemaba en un brasero colocado frente al altar.

Esta excursión la hice acompañado de la estimable familia Cima, distinguida más que por su posición, que es brillante, por su finura y excelentes cualidades.

El boticario nos brindó con unas pipas de hechura particular; constan de dos cajoncitos de metal y un pico levantado por donde se fuma. En uno de los cajoncitos se pone tabaco, en el otro agua hirviendo. Nosotros rehusamos el obsequio, pero dicen que es muy agradable.

El farmacéutico, que parece hombre de instruccion poco comun, invitó á las damas para que hablasen con su señora y sus hijas; pero mostró gran reserva con los hombres, porque los extraños no ven jamás á las chinas de categoría.

En otra vez hablaré de la poblacion china de California, y su significacion en las cuestiones económicas y sociales.

VIII

Las religiones.—Los templos.—Los clubs.—La asociacion.

YA hemos indicado cuánta es la libertad religiosa que se practica en California, los muchos y benéficos templos y la generosa emulacion que mueve á los sacerdotes de los diferentes cultos para acreditar sus creencias, difundiendo la instruccion, procurando el alivio y derramando beneficios en la sociedad en que viven.

En California, cinco familias promovieron, en 1849, la ereccion de un templo protestante, y despues se multiplicaron sus subdivisiones de Episcopales, Metodistas, Evangelistas, Presbiterianos, etc.

La religion protestante puede dividirse en dos grandes categorías. La primera contiene el Episcopalismo, el Congregacionalismo, el Presbiterianismo. En la segunda, el Metodismo y el Bautismo.